

Especulación Sobre el Miedo

144
Maio 30/39 M
Por RAMON VASCONCELOS

NADA hay más contagioso que el miedo. Es un fenómeno curioso. Un grito de alarma de un chusco en un cine, provoca el pánico. El público, sin preguntarse nada, busca las puertas despavorido, se comprime, se disputa el terreno, y cuando la calma se restablece, hay que llamar las ambulancias.

Se anuncia una calamidad, y los ánimos se sobrecogen, las caras se alargan, el temor se convierte en miedo, el miedo en pánico, y el pánico en desastre. El derrotismo ha hecho perder más guerras que la agresividad del contrario. Hay quienes, por superstición, se desmoralizan por un mal presagio, por una pesadilla, por media palabra pesimista dicha al oído. Esos pánicos son corrientes entre las manadas de búfalos. Corre uno y los demás lo siguen, alcanzando velocidades increíbles y arrastrando en la embestida cuanto encuentran al paso.

A ratos, se anuncia el fin del mundo. Una broma de cualquier profeta de menor cuantía. No importa. Muchas personas pierden el sueño y el apetito, preocupadas, obsesadas por el desplome del universo.

Y en tanto el orbe sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío—que dijo Quintana.

Cuba, ciertas zonas de la opinión cubana, están ahora bajo el efecto del pánico. "¡Esto se acaba! ¡Va a arder Troya! ¡No escapa ni el súrsun corda!"

En el Congreso, sobre todo, hay espíritus ingenuos que se echan a temblar cada vez que los especuladores del pánico anuncian una posible dragonada... imposible. Ya no se razona, no se resiste, no se recuerda que el hombre público se halla sujeto a esa disciplina de la orden que se llama la dignidad de la investidura. ¿Qué más da vivir como cuerpo, si como espíritu ya se está muerto? Y la única manera de subsistir, es subsistir con prestigio. ¿Es que puede llamarse Congreso a uno hecho por merced, como el inventado por Trujillo en Santo Domingo, cuyos miembros eran nombrados por decreto y destituidos por teléfono?

Aquí, en este país de tanta masa y tan poca médula, de tanta viveza y tan poca consistencia, en el gobernante hay que ver siempre un presunto dictador. Si no quiere, no lo es. Pero si se lo propone, los espinazos se doblegan, las voluntades se rinden, los obstáculos naturales se allanan, las distancias se acortan... y se llega a todo, todo se justifica, todo cede a la presión del MACHO. Es una palabra malsonante, pero insustituible en este caso. Los listos, o que creen serlo, repiten la frase consagrada—consagrada por la cobardía colectiva—: "Hay que estar con el macho". Se entiende por tal al que no sólo puede, sino que abusa; al que no sólo es fuerte, sino que emplea la violencia; que no sólo tiene los resortes del poder, sino que oprime.

Y la simple inclinación hacia la masculinidad, encarnada en la dureza excesiva, denuncia la naturaleza femenil de sus apologistas.

A veces, hay que disculpar a los providenciales de turno. Suelen llegar a las posiciones preeminentes por su bondad, por su espíritu democrático, por su condición de luchadores, por su simpatía personal, por ciertos rasgos del temperamento que agradan a las multitudes. Apenas triunfan, los rodea la corte, que se disputa su favor; y por lograrlo, miente, intriga, se arrastra, exagera las virtudes y finge no ver los defectos. Toda la adjetivación apoteósica, se agota. Todas las formas de la servilidad, se ensayan. Todas las humillaciones se toleran... porque hay que estar con... lo que ya se sabe.

Los que hemos vivido la vida republicana y comparamos las distintas etapas, desde la instauración de la República a la fecha, tenemos motivos para no sentirnos contentos. En Cuba no ha habido nunca democracia, no ha habido tampoco conciencia pública; pero, conforme nuestra economía ha ido conviviéndonos en factoría, nuestras prácticas de gobierno nos han ido reduciendo a oligarquía. Los partidos, órganos de expresión popular, ya no son más que organizaciones amorfas, sujetas a los vaivenes de la plaza pública y a las alternativas del presupuesto. Los libertadores se mueren poco a poco. En los claros que dejan, entran los jóvenes sin amor a lo que no crearon, y los especuladores, que colocan a la patria en tercer término. Con una patria simbolizada por la bandera y la nómina oficial, el patriotismo es cada vez más endeble. Y así como antaño se miró con orgullo cuanto constituía un testimonio de identificación con la metrópoli, buscando lejos la fuente de una personalidad que cerca era inútil conquistar, hoy la inquietud colectiva concede más importancia a las cuestiones internacionales que a las cubanas. Esto, que parece a primera vista un progreso ideológico, no es sino la voz de la subconciencia, el reflejo de una postura mental del pasado.

Y rezago del pasado es también la falta de fe en los destinos nacionales, la desconfianza en el día que se vive, la impaciencia en tomar la oportunidad por los cabellos antes de que se quede calva. Y es así como el guía se transforma en cacique, en providencial, en superhombre, en semidiós, y exige el continuo tributo de la adulación y el sometimiento incondicional.

Por un fenómeno de sugestión muy vulgar, la repetición concluye por formar estados de conciencia que son a la verdad lo que el espejismo a la imagen real. El oasis que se descubre en la lejanía tiene palmeras; aguas frescas, pobladores. Pero todo es refracción, apariencias, copia. Acaso, andando con orientación precisa, se encuentre más adelante el oasis verdadero; pero, mientras tanto, hay que mirar el espejismo como espejismo y no como oasis. O, se corre el riesgo de pasar de una ilusión a otra, sin dar nunca con la tangible realidad.

El pecado consiste en decir que el espejismo es espejismo y el oasis es oasis. Entonces el personaje iluminado por la sugestión, tal vez de buena fe, exige devoción a su divinidad y considera pernicioso todo lo que en alguna forma ponga en tela de juicio su infalibilidad.

Cómo es posible que alguien dude lo que tantos creen; que alguien discuta lo que casi todos aceptan a ojos cerrados; que desentone a alguien en el coro plaudente; que alguien, sincera, lealmente, advierta que el espejismo es espejismo y el oasis es oasis.

Y cuando esta insubordinación se produce, el hombre que ya ha perdido la costumbre de que le discutan, de que le llamen la atención, de que lo aconsejen, estima esa actitud como un reto a su omnipotencia, como un desacato a su autoridad, como una injuria a su persona. Y es entonces que ruedan amenazadores truenos sobre el Capitolio, que corren por las calles terribles profecías, y que, dominados por el terror, los pobres de espíritu se aprietan como un rebaño, sin voluntad defensiva, sin el menor propósito de resistencia ante la arbitrariedad y el absurdo.

Eso, lo hizo Machado. Eso, se está haciendo ahora. Machado dispuso de poderes excepcionales también; mandó las fuerzas de tierra, mar y aire, tuvo a su lado una coalición de partidos, todo lo pudo, todo lo tuvo, escuchó todas las lisonjas, humilló todas las dignidades. Y, en un momento dado, cuando el azúcar cayó a pico, todo el aparato de la omnipotencia se hizo añicos.

Estas jugadas de pócker, esta especulación sobre el pánico de un país, no es ya peligrosa, sino criminal. Se somete a prueba cada semana el poder de resistencia moral de un pueblo angustiado, y en vez de ofrecérselo fórmulas sensatas y aquietadoras, se le incita al desorden, se le invita a la insubordinación contra poderes legales y legítimos, para crear el caos y suprimir lo que se considera un obstáculo para movilizar medios y obtener lucros que dentro de la normalidad tienen un límite.

Eso es todo. Especulación estúpida del miedo para sacar ventajas. Poco más o menos, lo que hace Hitler contra los aterrados franceses. Con la diferencia de que Hitler aterra a los pueblos enemigos y aquí se desmoraliza por el terror al propio.

En el fondo, tráfico vulgar de promotores, corretajes feñicos en que juegan papel importante personajes del guñol diplomático y personajes del retablo oficial. ¡Cuánto más prudente, más discreto, más patriótico sería pagar sin trampas lo que es justo que se pague, levantar el crédito de Cuba en el exterior y lograr la ayuda financiera que se necesita para detener el desempleo, bloquear la miseria que avanza a marchas forzadas y levantar la moral del país, que ya no cree ni siquiera en milagros.

Es criminal, repito, jugar con la ansiedad de un pueblo. Es también criminal en cierto modo abdicar de las propias prerrogativas bajo el efecto de la amenaza, y lo es, en definitiva, mantener la confusión y el sobresalto como sistema de gobierno. No es censura caprichosa. Es el deseo sincero de que, derribados los altares ficticios de los dioses ficticios, volvamos a la tierra firme, en que los hombres sean hombres, dominados por preocupaciones comunes dentro del ámbito de la patria común.